

en su espíritu; así lo declara él mismo en el capítulo de *La Educación*, y más que ningunos otros aparecen comentados en sus páginas. Del griego se confiesa ignorante y declara que no gusta leerlo porque no lo comprende sino á medias; por eso se sirve de la traducción de Amyot, que fué como clásica y aun como obra original considerada en Francia, á lo que sin duda contribuyó Montaigne con su maravillosa pluma, consagrándola muchos elogios en los *Ensayos* <sup>1</sup>.

Montaigne detestaba el pedantismo, del cual sin duda tuvo ocasión de conocer ejemplares vivientes en la sociedad de su tiempo; las páginas que le consagra, trazando de él un paralelo con la verdadera filosofía, son de la mayor eficacia para apartar á todo espíritu de ese mal contaminoso, dolencia de todas las épocas. Los iracundos filósofos de Port-Royal le colgaron también ese mote odioso, á nadie peor aplicado sin duda, por el cúmulo de citas en que su obra abunda, sin tener en cuenta que era costumbre de la época el que todo autor apoyara sus dichos con sentencias antiguas. Además hay muchas maneras de citar, y la que más se aleja de lo pedantesco es la en Montaigne habitual, el cual corrobora y afianza sus personales experiencias con versos de Homero y de Virgilio, ó con frases de Tácito y Julio César, para realzarlas é imprimirlas en la mente del lector sin pretender aparecer erudito ni docto, sino penetrando todo el alcance de lo que siente y analiza.

Entre tantos libros vigorosos como el siglo xvi produjo en Francia ninguno hay tan vivo y constantemente moderno como los *Ensayos*. Sin el

1. Véase el libro II, cap. vi.

lenguaje que ha envejecido á trechos <sup>1</sup>, creeríase leer á un gran escritor de nuestros días, de los más profundos y relevantes. Todas las ideas que constantemente preocupan á las sociedades en general y al hombre en particular, Montaigne las anatomiza y las vivifica, mostrándolas unas veces con lapidaria concisión, dibujándolas otras, juzgando lo permanente en el hombre de otras épocas y en el de la suya, protestando con tonos amargos contra la corrupción de su tiempo <sup>2</sup> (lo cual nos le muestra menos egoísta de lo que él mismo se creía), admirando cuanto de grande nos transmitió la cultura antigua, penetrando en fin hasta los menores resquicios de las conciencias más famosas con mirada certera y clarividente.

Los que en presencia de las ideas modernas

1. Montaigne ha inventado ó empleado audazmente un número grande de palabras, muchas de entre las cuales quedaron luego en el uso corriente. Citaré solamente *diversion* y *enfantillage*, que un crítico de su siglo (Pasquier) le censuró, siendo sin embargo de creación felicísima. Conocidas son sus palabras gasconas *ainsin* por *ainsi*; *asture* por *à cette heure*. Ronsard quería también que el término *ainsin* (idiotismo parisién y gascón juntamente) fuese empleado antes de vocal. Hanse contado más de doscientas sesenta expresiones empleadas por Montaigne, que cayeron en desuso, y este número aumentaría mucho si se incluyeran las nuevas acepciones que prestó á las palabras ya usadas en su época. — Philariète Chasles, *Études sur le Seizième Siècle en France*, pág. 184. Paris, 1876.

Este crítico, cuyos estudios sobre literatura inglesa son todos interesantes, aun cuando algunos quizás con razón se hayan tachado de superficiales, examinó la influencia de Montaigne sobre Shakespeare. En el Museo Británico se guarda un ejemplar inglés de los *Ensayos* anotado por el gran comediante. (En lo que Philariète Chasles no anduvo afortunado fué en presentarnos al Padre Feijoo como discípulo ó imitador de Montaigne, con quien ni á cien leguas guarda aquél la analogía más remota.)

2. Yo vivo en una época pródiga en ejemplos increíbles de crueldad ocasionados por la licencia de nuestras guerras intestinas; ningún horror se ve en los historiadores antiguos semejante á los que todos los días presenciarnos, á pesar de lo cual no he logrado familiarizarme con tan atroces espectáculos. Apenas podía yo persuadirme antes de haberlo visto con mis propios ojos de que existieran almas tan feroces que por el solo placer de matar cometieran muertes sin cuento; que cortaran y desmenuzaran los cuerpos; que aguzaran su espíritu para inventar tormentos inusitados y nuevos géneros de muerte, sin enemistad, sin provecho, por el solo deleite de disfrutar el grato espectáculo de las contorsiones y movimientos dignos de compasión y lástima; de los gemidos y estremecedoras voces de un moribundo que acaba sus horas lleno de angustia. — Libro II, cap. xi.



juzgan sus ideas encuentran en él graves reparos, como las censuras que propina á las que en su tiempo movidos por deseos honrados trataban de cambiar el orden de cosas establecido; su amistad con príncipes y caudillos poco humanos y enemigos del pueblo, y el egoísmo que ven del principio al fin de su obra, el cual en realidad es más aparente que real, pues aun cuando fuera, según se nos muestra, casi incapaz de sacrificios, la bondad de su alma se ve y se toca en muchas elocuentes páginas en que condena los tormentos<sup>1</sup>; no abusa de su poder de gran señor contra los humildes, enaltece el amor filial, como enemigo del rigor con las criaturas, y predica la afección para con los animales y hasta para con las plantas<sup>2</sup>.

«Espíritu ondeante y diverso», su pluma traduce en audaces imágenes cuantas ideas cruzan por su mente sin cuidarse poco ni mucho de lo que prometiera en el título del capítulo que escribe, prescindiendo espontáneamente unas veces y de intento otros de todo orden pedagógico y didáctico, y llevando al lector de sorpresa en sorpresa. Por eso dijo Guez de Balzac de los *Ensayos* que su autor, bien que supiera lo que decía, no sabía á pun-

1. Lo que sobre todo debemos agradecerle es el haber — el primero quizás en Francia — considerado como afrentosas las torturas y suplicios feroces que durante tanto tiempo deshonraron nuestros Códigos, de los cuales la bondad de Luis XVI logró por fin borrarlos, mas no sin desplegar para ello una voluntad tenaz. — Pedro Clemente, *Montaigne hombre público*, «Revue Contemporaine», tomo XXI, pág. 236.

2. Jamás pude contemplar sin dolor la persecución y la muerte de un animal inocente é indefenso de quien ningún daño recibimos; comunmente acontece que el ciervo, sintiéndose ya sin aliento ni fuerzas, no encontrando ningún recurso para salvarse, se rinde y tiende á los mismos pies de sus perseguidores, pidiéndoles gracia con sus lágrimas. Ningún animal cae en mis manos que no le deje inmediatamente en libertad. Pitágoras los compraba á los pescadores y pajareros para hacer con ellos otro tanto. Existe cierto respeto y un deber de humanidad que nos liga no ya sólo á los animales, también á los árboles y á las plantas. — Lib. II, cap. XI.

to fijo lo que iba á decir. Juicio, aunque exacto á veces, sólo á medias razonable.

Aun después de leídos y estudiados los escritos de los filósofos antiguos sobre el amor, la amistad, la gloria, el heroísmo, la tristeza, la muerte y en general cuantas pasiones al hombre avasallan, encuéntrase en Montaigne la novedad y la frescura con que sabe revestirlas, pues bien que conociera cuanto los demás antes de su época habían ya dicho, como habla de las cosas según el influjo que producen en su espíritu, sin que nada le intimide para consignar hasta lo monstruoso á juicio de los demás y aun al suyo propio, necesariamente nos presenta siempre algo nuevo, por antiguo que sea el tema elegido.

En el capítulo *De la Amistad*, Montaigne transpone las alturas á que tocaron Cicerón y Aristóteles, y glorifica la que á Laboëtie profesó, el cual le debe mucha parte de su gloria literaria. Sólo un espíritu generoso pudo concebir, sentir é idear tal alteza en el amor al amigo y colocarlo por cima de cuantos otros sentimientos el hombre es capaz de engendrar y alimentar, incluso el de la atracción de los sexos.

Únicamente las ideas que, penetrando en la mente, en ella sufran luego una gestación laboriosa y dilatada, nos pertenecen por entero. Así recomendaba Montaigne á los maestros que educaran á sus discípulos, y así son cuantas lecciones en los *Ensayos* se encierran. Enemigo de ese otro saber que sólo de los labios surge y que forma el caudal único de los pedantes, saber inútil que á nada puede aplicarse, ni á la vida colectiva ni á la individual, Montaigne lo considera como moneda inútil y dañosa, que pasa de mano en mano, produciendo en el espíritu, que no ejercita, hábitos de desi-



dia y de embrutecimiento, y lo mismo á quienes se le suministra.

Montaigne expone un sistema casi completo de educación, ó por mejor decir, las grandes líneas de conducta á que debe someterse á un joven de la nobleza, recriminando los principios opuestos á la naturaleza que en su época estaban en boga y que sólo á formar pedantes servían, extrayendo la esencia de las máximas más luminosas de la filosofía, inculcando la dulzura en los maestros y hablando largamente de los medios que con él se practicaron para educarle. Menos amplio que el de Rabelais en sus planes, al cual informa el espíritu exagerado de una obra en que todo se aumenta y centuplica, el de Montaigne es más práctico, olvidándose sólo de los principios religiosos que Rabelais señala, bien que nuestro filósofo diga « que hablará nada más que de lo que entiende », lo cual justifica algún tanto el olvido.

Ningún pedagogo ha dejado de inspirarse en los principios que Montaigne expuso, tan sólidos y fundamentales son todos ellos. El capítulo II del *Emilio*, en que Rousseau trata de la educación de su héroe, no es más que la aplicación de lo que Montaigne había expuesto dos siglos antes <sup>1</sup>. Para éste es la vida la ciencia suprema por cima de la cual ninguna sobresale; quiere que desde los comienzos vayan á ella encaminados los principios del maestro y se revela contra la costumbre perniciosa de embutir conocimientos vanos <sup>2</sup>, con lo

1. Locke y Rousseau... y cuantísimos otros después de ellos, apenas hicieron otra cosa en sus mejores páginas pedagógicas que desenvolver los principios de Montaigne; y nosotros mismos al cabo de trescientos años los releemos con placer y provecho grandes, pues nadie expresó jamás de una manera tan sabrosa ó elocuente una doctrina más sana y saludable. — M. La nusse, obra citada, pág. 193.

2. Las ciencias tratan de las cosas con fineza damasiada, por modo artificial, diferente al común y natural. Mi paje se siente enamorado y se da cuenta

cual resulta que « se nos enseña á vivir cuando la vida ya pasó ». Quiere que su discípulo sea fuerte de ánimo y de cuerpo; que su resistencia se ponga á prueba ante el frío y el calor, y ante el vicio y la virtud; que ésta la practique como tal y no deje de cometer aquél por flojedad y menos porque lo desconozca. Es ésta, sin duda, una disciplina á que no todas las naturalezas puedan someterse y que excluye á las endebles. Mas es lo cierto que según ella se ponen en juego todas las fuerzas del hombre para colocarle en disposición de emprender el penoso viaje de la existencia, que no es llano ni está sembrado de flores, como Jenofonte recomendaba á los jinetes el marchar por las sendas más escabrosas y quebradas.

Reniega de la violencia en el enseñar y recomienda la dulzura como la más excelente consejera del maestro sin que por ello pueda de blando calificarse su sistema, sino más bien de humano y excelente. Sus doctrinas se dirigen á un joven noble, pero todas son aplicables á los plebeyos, pues la aristocracia de los espíritus ha existido siempre sin la del linaje, y quiere que se considere á los hijos no conforme á los merecimientos de sus padres, sino con arreglo á los suyos propios, principio en que resplandece la justicia, ajena á toda suerte de privilegios.

El estudio de las lenguas, los viajes, la manera de hacerlos y el tiempo en que deben practicarse; cómo el discípulo puede sin tensión de espíritu sacar provecho de cuanto le circunda; de qué

de su pasión: leedle á León Hebreo y á Ficino, de él se habla en esos libros de sus pensamientos y acciones, y sin embargo no entiende jota. Yo no encuentro en Aristóteles la mayor parte de mis anímicos movimientos ordinarios; allí se los cubrió y revistió con otro traje para el uso de la escuela; ¡quiera Dios que así hayan obrado los filósofos cuerdamente! Si yo perteneciera al oficio naturalizara el arte tanto como ellos artificializaron la naturaleza. — Lib. III, cap. v.



modo el maestro ha de estudiar las cualidades del mismo para deducir de ellas la pedagogía á cada uno aplicable, todo se encuentra tratado en ese capítulo por modo amplio y luminoso, en estilo amable, regocijado y consistente. El discípulo posee en su propio espíritu, merced á una dirección hábil, recursos bastantes para descubrir las relaciones de los objetos y las lecciones de las lecturas <sup>1</sup>, dejando amplio lugar á su discernimiento sin consentir que la memoria lo atropelle ni lo atrofie, como generalmente acontece, lo cual da lugar á que la razón se estanque ó se abastarde debiendo ser lo primero que tenía que ejercitarse y cultivarse.

Montaigne comprendió que el estudio del latín y el del griego son dos hermosos ornamentos, pero que «nos cuestan demasiado caros», y explica el medio que con él se empleó para que sin gran esfuerzo concluyera por saber el primero desde la edad de seis años. Después de todo es la manera más práctica de afrontar esta parte difícil de la educación, que muchos quieren ahora suprimir para alivio de los «pálidos y hueros bachilleres» como irrespetuosamente dijo no ha mucho un adversario de esta enseñanza, que quizás exageradamente la considera como innecesaria y perjudicial para la vida moderna.

Este capítulo forma el complemento del anterior, en que Montaigne reniega elocuentemente del pe-

1. «¿Pensamos acaso que Luculo, á quien los libros hicieron gran capitán sin necesidad de experiencia, los estudiaba como nosotros? Echámonos de tal suerte en brazos de los demás, que aniquilamos nuestras propias fuerzas. ¿Quiero yo, por ejemplo, buscar armas contra el temor de la muerte? Encuéntralas á expensas de Séneca. ¿Deseo buscar consuelo para mí ó para los demás? Pues se lo pido prestado á Cicerón. En mí mismo hubiera encontrado ambas cosas si en ello se me hubiera ejercitado. No me gusta esa capacidad relativa y mendigada; aun cuando nos fuera lícito tomar á otro la sabiduría, prudentes no podemos serlo sino con nuestras fuerzas exclusivas.» -- Lib. I, cap. xxiv

dantismo y de los pedantes: la ciencia debe ser amable y grata, las palabras con que se exprese llanas y desprovistas de todo aparato, mejores cuanto más vulgares: «¡Pluguiera á Dios, dice, que á mí me bastaran las que se emplean en los mercados de París!» «La elocuencia que aparta nuestra atención de las cosas, las perjudica y las daña.» «Aristófanés el gramático reprendía desacertadamente en Epicuro la sencillez de las palabras.» «Sócrates se colocaba al nivel de su escolar para mayor provecho, facilidad y sencillez de su doctrina.» «Las máximas de la filosofía alegran y regocijan á los que de ellas tratan, muy lejos de ponerlos graves ni de contristarlos.»

Entre todos los pedagogos y reformistas del siglo xvi (ninguna de estas palabras fueron nunca de su agrado), es Montaigne quien dejó sentadas reglas más fundamentales, duraderas y humanas. Y eso que la calidad de aquéllos no puede ser más eximia. Erasmo, Sadolet, Rabelais, Lutero, nuestro Luis Vives, Ramus, Charron y Saliat encaminaron sus esfuerzos al mejoramiento de la educación de los jóvenes, la cual encontraron en un estado lamentable, esterilizada y agostada por la más ruin y rutinaria de las escolásticas.

Montaigne quiso que lo que se estudiaba se aprendiera fácilmente, y que luego de sabido sirviera para algo; detestaba la ciencia inútil como Rabelais fustigaba la ciencia sin conciencia: «Las abejas, dice, extraen el jugo de diversas flores y luego elaboran la miel, que es producto suyo, y no tomillo ni mejorana; así las nociones tomadas á otro, las transformará y modificará nuestro discípulo para con ellas ejecutar una obra que le pertenezca, edificando de este modo su saber y su discernimiento. Todo el estudio y todo el trabajo



del maestro para con el discípulo no deben ir encaminados á distinta mira que á la formación de éste. »

El comercio de los hombres considéralo « como medio maravillosamente adecuado al desarrollo del entendimiento, como igualmente la visita de países extranjeros, y no para aprender en ellos cosas baladies, sino para frotar y limar nuestro cerebro con el de los demás: para conocer el espíritu y las costumbres de los países que se recorren ».

« Preguntado Sócrates por su patria, no respondió soy de Atenas, sino soy del mundo. »

« El universo entero, añade, es el espejo en que para conocernos fielmente debemos contemplar nuestra imagen, para no imitar al cura de un lugar, quien cuando las viñas allí se helaban aseguraba que la causa del mal era un « castigo del cielo » que el Señor enviaba al género humano, y creía que la sed ahogaba ya hasta á los caníbales. »

Los que en Montaigne ven un egoísta bien acomodado con las ideas todas de su tiempo, contra las cuales no se rebeló por no trastornar su tranquilidad magnífica, harán bien en meditar este capítulo de la *Educación* que vale tanto como los iracundos escritos de los protestantes de su época, y fué y es hoy todavía, y seguirá siéndolo, de consecuencias más fecundas, provechosas y pacíficas. Su filosofía concuerda de todo en todo con los principios de santo Tomás, según el cual « la vida de un ser es tanto más perfecta cuanto con mayor plenitud es capaz de obrar sobre sí mismo ».

Como crítico literario y humanista, las opiniones de Montaigne en el capítulo *De los Libros* y en muchos pasajes de los *Ensayos*, son hoy de igual va-

lor que el día en que se escribieron. Lo mismo los poetas é historiadores latinos, que los cronistas, historiadores y poetas de su época ó próximos á ella, están juzgados con el criterio más amplio y el gusto más consumado. Las bellezas de Ronsard que Boileau menospreciaba, como menospreció el siglo siguiente, Montaigne supo apreciarlas en lo que valían, y los críticos de espíritu más abierto han llegado á las conclusiones á que Montaigne llegó después de tres siglos transcurridos.

Teodoro Mommsen no censuró con penetración mayor á Cicerón en su *Historia de Roma* cuando le llama de una manera algo indelicada estilista de profesión, autor de emplastos, naturaleza de periodista, en el sentido más detestable de la expresión, charlatán de marca y pobre de ideas, que Montaigne cuando escribe sobre el orador romano, á quien como tal admiraba, sin desviarse de los tonos corteses propios del gentilhomme y haciendo ver en qué fundamentó su idea:

Su manera de escribir me parece pesada, lo mismo que cualquiera otra que se la asemeje: sus prefacios, definiciones, divisiones y etimologías consumen la mayor parte de su obra, y la medula, lo que hay de vivo y provechoso, queda ahogado por aprestos tan dilatados... Para mí, que no trato de aumentar mi elocuencia ni mi saber, tales procedimientos lógicos y aristotélicos son inadecuados; yo quiero que se entre desde luego en materia, sin rodeos ni circunloquios... Lo que yo busco son razones firmes y sólidas que me enseñen desde luego á sostener mi fortaleza, no sutilezas gramaticales; la ingeniosa contextura de palabras y argumentaciones para nada me sirve. Quiero razonamientos que descarguen desde luego sobre lo más difícil de la duda; los de Cicerón languidecen alrededor del asunto: son útiles para la discusión, el foro ó el púlpito, donde nos queda el tiempo necesario para dormir y dar un cuarto de hora des-



pués de comenzada la oración con el hilo del discurso. Así se habla á los jueces, cuya voluntad quiere ganarse con razón ó sin ella, á los niños y al vulgo, ante quienes todo debe explanarse con objeto de ver lo que produce mayor efecto<sup>1</sup>.

Entre todos los autores Montaigne coloca en el lugar más meritorio á los historiadores y á los filósofos, y de entrambos prefiere á los primeros, «que son su fuerte por ser gratos y de lectura fácil, y por encontrarse en ellos la pintura del hombre cuyo conocimiento busca siempre». Prefiere los sencillos á los maestros en el arte, «como Froissard, que compuso la historia sin adornos ni formas rebuscadas, de suerte que en sus Crónicas cada cual puede sacar tanto provecho como entendimiento tenga». Los maestros en el género «tienen la habilidad de escoger lo que es digno de ser sabido; aciertan á elegir entre dos relaciones ó testigos el más verosímil; de la condición y temperamento de los príncipes deducen máximas, atribuyéndoles palabras adecuadas, y proceden acertadamente al escribir con autoridad y al acomodar nuestras ideas á las suyas, todo lo cual, la verdad sea dicha, está al alcance de bien pocos. Los historiadores medianos, que son los más abundantes, todo lo estropean y malbaratan».

No gusta de los «ditirambos petrarquistas y españoles». Entre los autores de mero entrenamiento prefiere á Boccaccio, *El Heptameron* y Rabelais; el buen Ovidio y Ariosto<sup>2</sup> placieronle en los primeros años. Los Amadis, aun siendo niño, le enojaron. Los poetas latinos gustólos por este

1. Lib. II, cap. x.

2. ¿Añadiré además, por osado ó temerario que parezca, que esta alma adormecida no se deja cosquillar por Ariosto y ni siquiera por el buen Ovidio? La espontaneidad y facundia de éste me encantaron en otro tiempo, hoy apenas si me interesan. — Lib. II, cap. x.

orden: Marcial, Manilio, Horacio y Virgilio. Las *Geórgicas* y el libro V de la *Eneida* son para él la obra maestra del último; en el capítulo *De los hombres más relevantes*<sup>1</sup> hace de Homero un elogio tan hermoso que acaso no haya sido nunca superado; lee á César con reverencia y respeto mayores de los que generalmente se experimentan en las obras humanas<sup>2</sup>, é hizo el conocimiento de Tácito ya en la edad madura y lo «leyó de un tirón<sup>3</sup>».

Al combatir, sentar ó juzgar el escepticismo de Montaigne, que no lo es sino á medias, — Sainte-Beuve dijo que había imaginado un estudio sobre su *Dogmatismo*, — generalmente se han empleado razones inadmisibles. Montaigne no es un escéptico, puesto que alberga creencias arraigadas hasta sobre las cosas en que más difícil es llegar á

1. Lib. II, xxxvi.

2. Ya le considero en sí mismo, en sus acciones y en lo milagroso de su grandeza; ya reparo en la pureza y pulidez inimitables de su lenguaje, en que sobrepasó no sólo á todos los historiadores, como Cicerón dice, sino á trechos á Cicerón mismo; habla de sus propios enemigos con sinceridad tal que, salvo las falsas apariencias con que pretende revestir la causa que defiende y su ambición pestilente, entiendo que puede reprochársele el que no hable más de sí mismo: tan innumerables hazañas no pudieron por él ser realizadas á no haber sido más grande de lo que realmente se nos muestra en su libro II, cap. x.

3. He recorrido de cabo á rabo las historias de Tácito, cosa que me acontece rara vez. Hace veinte años que apenas retengo libro en mis manos una hora seguida. No conozco autor que sepa mezclar á un «registro público» de las cosas tantas consideraciones de costumbres ó inclinaciones particulares, y entiendo lo contrario de lo que él imaginaba, ó sea que, habiendo de seguir especialmente las vidas de los emperadores de su tiempo, tan extremas y diversas en toda suerte de formas, tantas notables acciones como principalmente la crueldad de aquéllos ocasionaba en sus súbditos, tenía á su disposición un asunto más fuerte y atrayente que considerar y narrar, que si fueran batallas ó revueltas lo que historiase; de tal suerte que á veces le encuentro asaz conciso corriendo por cima de hermosas muertes cual si temiera cansarnos con su multiplicación constante y dilatada. Esta manera de historiar es con mucho la más útil: las agitaciones públicas dependen más del acaso, las privadas de nosotros. Hay en Tácito más discernimiento que deducción histórica, y más preceptos que narraciones; mejor que un libro para leer, es un libro para estudiar y aprender. Tan lleno está de sentencias que por todas partes se encuentra henchido de ellas: es un semilleto de discursos morales y políticos para ornamento y provisión de aquellos que ocupan algún rango en el manejo del mundo. — Libro III, cap. VIII.



tenerlas. Niega sólo la omnipotencia de la razón humana, y sostiene que ésta tiene un límite, tras-puesto el cual no puede ya andar un paso sin dar en tierra, en todo lo cual nadie habrá jamás que con razones valederas y definitivas pueda contradecirle. Montaigne no cree en las consecuencias á que el ejercicio de la razón nos lleva, « puesto que á cada razonamiento puede oponerse otro contrario de igual solidez que el refutado », y entiende como los que con Molière en el siglo xvii y en tiempos posteriores pensaban que en casi todas nuestras discusiones, como en casi todos nuestros sistemas, « el razonamiento aniquiló la razón »<sup>1</sup>.

Porque Montaigne tuviera de nuestro valer una idea pobre y raquítica, no era pesimista, ó al menos bien hallado se encontraba con la existencia, que creía digna de ser conservada, vivida y dilatada. En los destinos futuros del hombre y de la humanidad sobre la tierra no pensó gran cosa, porque menos que de todo alardeaba de profeta á plazos breves ó cortos, como después estuvo en moda. Menos que nadie creyó que la humanidad no saliera nunca del estado en que la encontró en su época en punto á gobierno y costumbres, aun cuando algunos escritores, que quisieran verle demócrata, protestante y hasta socialista, así lo creyeran, y le repongan « resueltamente con la opulenta filosofía moderna en la mano y su infinita variedad de tonos y de acentos, que el hombre irá mejorándose y desarrollándose, tendiendo sucesivamente á la perfección »<sup>2</sup>.

Para combatir el orgullo de la razón humana, en la *Apología* llega Montaigne á sobreponer en

1. Lanusse, obra citada, pág. 148. — Larra escribió « que en materia de cosas opinables todas las razones son peores ».

2. Julio Levallois, *la Conscience moderne*. — I. Montaigne. Artículo de la *Revue Contemporaine*, tomo LXX, págs. 194 á 233.

superioridad el instinto de los animales á la inteligencia del hombre. Tal y como el razonamiento está llevado, es irrefutable, mas no hay que deducir de él ni creer infundadamente que Montaigne nos creyera inferiores ó más torpes que los gorriones, las hormigas, las hurracas, los monos, los perros y los elefantes, de quienes enaltece las ciertas aplicaciones del instinto para la vida. Analizando así, de una manera fragmentaria, por los principios esparcidos aquí y allá en los *Ensayos*, perdiendo de vista el conjunto, demostraríase fácilmente que Montaigne dijo y probó los mayores absurdos, cuando en realidad se eleva en todas las cosas sobre que discurre, y más todavía sobre las más elevadas, al pináculo de la sensatez más lúcida.

### III

Ésta es la vez primera que los *Ensayos* salen á luz en castellano<sup>1</sup>:

En su traducción he puesto toda la buena vo-

1. En el catálogo de Gallardo, tomo II, número 1838, se cita una traducción manuscrita de Montaigne con este título: « Experimentias y varios discursos de Miguel, señor de Montaña » (traducidos de francés en español por el L. Diego de Cisneros). Comprende sólo el libro I, hasta el capítulo LVII inclusive, y hoy se guarda en la sala de manuscritos de la Biblioteca Nacional de Madrid. Mi excelente amigo el señor don Pedro Roca, bibliotecario en dicha sección, erudito y muy fino conocedor de casi todo cuanto en ella se guarda, ha tenido la generosidad de enviarme la descripción detallada y puntualísima de ese trabajo, que aquí transcribo íntegra, con la ortografía misma de la época, porque es seguro que será leída con interés, lo mismo por los que gustan de estos curiosos rebuscos que por los desposeídos de amor á los papeles viejos.

La copia de algunos capítulos del manuscrito que el señor Roca me remite me ha permitido formar idea de la traducción; ésta es bastante fiel y bien hablada, aunque algo oscura en algunos pasajes; unas veces por interpretarse el texto demasiado á la letra, y quizás otras por no haber entendido el sentido rectamente. El traductor encarece las dificultades sin cuento con que tropezó en su trabajo, en lo cual tenía razón que le sobraba. Muchas cosas están trasladadas en sabroso castellano, porque, como es sabido, en la época del licenciado Cisneros solíamos escribir con mayores escrúpulos que hoy. La ortodoxia y el estado del traductor no le consintieron transcribir los pasajes « malsonantes y menos biensonantes » que honradamente señala. En algunas partes se ve que no penetró muy hondamente los matices y delicadezas de que el texto está esmalta-



luntad y atención de que es digno un autor de tal magnitud, y muy satisfecho me consideraré si

do, traduciendo solamente las ideas. Para que el lector juzgue de esta antigua versión y pueda compararla con la moderna, coloco aquí el comienzo del capítulo XXVII, que dice así:

## DE LA AMISTAD

## Cap. 27.

1. Considerando la disposition de la obra de vn pintor, que tengo, me tomó gana de imitarle. Escogió el mas hermoso puesto, y medio de cada pared, para colgar vn quadro trabajado con toda la perfeccion de su scientia; y el vacío alrededor lo llenó de pinturas al fresco, que son vizarras, y graciosas solo en lo vario, y extraordinario. Que son à la verdad estas discursos sino pinturas al fresco, y cuerpos monstruosos compuestos de diversos miembros, sin cierta figura, sin orden, consequentia, ni proportion sino casual y fortuita?

*Desinit in piscem mulier formosa superne. 4.*

*Horat. Art. poet.*

*Lo que arriba mujer hermosa parece,  
Abaxo remata en peze.*

2. Hasta este segundo punto voy bien con mi pintor, mas en la otra y mejor parte quedo corto. Porque mi saber no passa tan adelante, que me atreva à comprender la obra de vn rico quadro, valiente y perfecto segun el arte. Por lo qual me ha parecido, tomar uno prestado, de Estevan de la Boitie, que honrrará todo lo demas desta obra. Es vn discurso, que intituló, *La seruidumbre voluntaria*. Mas los que lo han ignorado, lo han despues bien propiamente rebaptizado, *El contra uno*. Escribe, como por modo de prueba, en la primera inuentud al honor de la libertad contra los tyrannos della. Y mucho ha que anda entre las manos de gente de entendimiento, no sin bien grande y merecida recommendation; porque es galante y lleno lo possible. Y ay bien que hazer para entender, que no sea el mejor, que pudiera componer. Si en la edad, que yo le conocí mas adelantado, hubiera tomado vn intento como el mio, de escribir sus imaginations, vieramos muchas cossas raras, y que nos acercaran mucho al honor de la antigüedad. Porque particularmente en esta parte de los dones de naturaleza no reconozco quien se le pueda comparar. Mas no ha quedado del sino este discurso, y aun acaso, y creo, que el no lo vio jamas despues que se le escapó de su poder: y algunas otras memorias sobre el Edicto de Enero, famoso por nuestras guerras ciuiles, que tendran aun en otra parte aqui, puede ser su lugar. Esto es todo, lo que yo he podido recobrar de sus reliquias (yo à quien con vna amorosa recommendation dexó por su testamento, con la muerte entre los dientes, por heredero de su Biblioteca y papeles) fuera de los libros de sus obras, que yo he hecho sacar à luz; si bien yo estoy particularmente obligado à este discurso, por haber seruido de medio para nuestra primera familiaridad. Porque me lo mostraron mucho antes que yo viesse al auctor, y me dió la primera noticia de su nombre, encaminandome por este modo la amistad, que conseruamos entre nosotros, por el tiempo que Dios quiso; tan entera y perfecta, que ciertamente no se leen muchas iguales; y entre nuestros hombres no se ve en vso rastro alguno della. Son menester, que concurran tantas cossas para fundarla, que es mucho si la fortuna llega à esto vna vez en tres siglos.

3. No ay cossa à que parezca habernos mas inclinado la naturaleza, que à la compañía. Y Aristoteles dize, que los buenos legisladores tienen mas cuidado de la amistad, que de la justitia. Agora el vltimo puncto de su perfeccion

acerté à reflejar fielmente en nuestra lengua las movibles ideas de un espíritu tan profundo y es-

este; porque en general todas las amistades que el deleyte, o el interes, la necesidad comun, o particular forxa, y entretiene son tanto menos perfectas, y generosas, y tanto menos amistades quanto tienen mas mezcla de otra causa, o fin, o fructo en la amistad, que ella misma. Ni las quatro especies antiguas, la natural, la familiar, la hospitalera y la venerea no concurren en esta ni juntas, ni de por si.

4. La de los hijos con sus padres mas es respecto; porque la amistad se alimenta de la communication, que no puede hallarse entre ellos por la grande desigualdad y offenderiase por ventura las obligaciones de naturaleza. Porque ni todos los pensamientos secretos de los padres se pueden comunicar à los hijos, para no causar vna indecente priuanza; ni las advertentias y correcciones (que es vno de los primeros officios de la amistad) no las pueden exercitar los hijos con los padres. Naciones se han hallado, adonde los hijos por costumbre mataban à sus padres: y otras, donde los padres mataban sus hijos, por cuitar el embarazo, de no se poder suportar los vnos à los otros, y natu. almente el vno depende de la ruina del otro. Philosophos se han hallado, que desdenaban esta costura natural. Testigo Aristippo, que quando le apretaban con la afficion, que debía à sus hijos, por haber procedido del; se puso à escupir, diciendo, que aquello habia también procedido del, y que también engendrabamos piojos y gusanos.

5. Y el otro, à quien Plutarco queria inducir, à que se acordasse con su hermano. No hago, dize, mas caso del por haber salido del mismo vientre. A la verdad es lindo nombre, y lleno de amor el nombre de hermano, y por esta causa hizimos yo y el nuestro parentesco; mas la mezcla de bienes, las partijas, y que la riqueza del vno sea la pobreza del otro, esto entibia en extremo y relaxa esta vnion fraternal. Es fuerza, que los hermanos; habiendo de encaminar sus pretensiones à sus aumentos por la misma senda y camino; se encuentren y choquen muchas vezes. Mas, la correspondentia, y relation, que engendran las verdaderas y perfectas amistades, como se hallaran entre estos? El padre y el hijo pueden ser de complexion del todo diferente, y los hermanos tambien. Es mi hijo, es mi pariente; mas es vn hombre aspero, malo, o necio. Y ademas desto, à la medida, que à estas amistades nos obliga la ley y la obligation natural, à la misma ay en ellas tanto menos de nuestra election, y libertad y esta no tiene action, que sea mas propiamente suya, que la afficion y amistad. No es esto porque yo no aya probado, quanto à esta parte, todo lo que puede ser, por haber tenido el mejor padre, que hubo jamas, y el mas suave hasta su posterera vegez, y que procedia de vna famosa familia continuada de padre à hijo, y en esta parte, de la concordia fraternal, exemplar;

*et ipse*

*Notus in fratres avimi paterni.*

*Horat. lib. 2. od. 2. 6.*

*Fui para mis hermanos conocido*

*Con ánimo de padre enternecido*

He aquí la reseña completa del manuscrito:

(Depto. Mss. Bibl. Nac. Madrid — P supl. — 194)

\* *Experientias y varios discursos de Miguel, señor de Montaña* » [traducidos de francés en español por el L. Diego de Cisneros, presbítero].

Ms. orig., todo de letra del traductor.

La traducción comprende solamente el libro 1.º de la obra de Montaigne y ocupa 441 págs., con más 4 de indice. En la parte superior derecha tiene cada



crutador. Interpretar y exteriorizar en otra lengua la viveza y el tono de un gran prosista; tras-

cuadernillo de ocho hojas de papel la fecha de día, mes y año en que se comenzó á escribir, y el resultado total arroja que la traducción se principió el 11 de mayo de 1634 y se concluyó el 12 de septiembre de 1636.

Precedenla la vida del autor «sacada quasi del todo de sus escritos», 4 folios; la advertencia del autor al lector, 1 fol., y la «prefación apologética» de aquél por su hija, 23 folios, traducidos del 17 al 29 de junio de 1637, y un prólogo (21 folios) del traductor acerca del autor y sus libros, escrito desde el día 16 al 28 de agosto de 1637 y firmado y rubricado por él en Madrid, en esta última fecha.

En este prólogo, hablando de las dificultades que ofrece la traducción, se lee (fol. 21) «que habiendola intentado muchos hombres graues, y doctos en las lenguas italiana y española desistieron della, ó no pudieron hazer cosa que siruiese. Como el traductor italiano, que se dexa capitulos enteros; y el señor Don Balthasar de Zúñiga, del Consejo de su Magestad, y su Embaxador en Francia y Flandes, traduxo algunos capitulos deste auctor, que andan manuscritos; pero con tantas faltas y corrales, que no se dexan entender bien, ni se goza el fruto que se pretende de la lectura. El desta traducción, si tuuiere alguno, se debiera al señor Don Pedro Pacheco, canónigo de la sancta iglesia cattedral de Cuenca, del Consejo de su Magestad, y de los Supremos de Castilla y de la General Inquisition, por cuya orden y respecto se hizo; y assi se dedica y consagra á su nombre illustrissimo, por ser yo todo suyo. La instantia grande de muchos hombres principales y curiosos, á quien no se puede resistir, ha hecho apresurar esta impresion, y interrumpir la traducción, de manera que ha sido forzoso imprimir el libro 1.º solo sin los dos que le siguen en el auctor, y le seguiran en la impresion, que se hara despues desta, porque se quedan acabando de traducir y adornar en la forma, que sale este primero. En el qual sobre haber puesto mucho trabaxo y cuydado en la traducción, siruiendome de varias impresiones del mismo libro en frances, porque en otra lengua no se que nadie le aya traducido mas de en la forma, que noté arriba, ni menos impresso. Lo primero he corregido y emendado las proposiciones malsonantes, y las menos biensonantes, y el modo de hablar licencioso, ó duro. Lo segundo he ajustado los lugares griegos, latinos, italianos y franceses de otros auctores, que cita y refiere este. He puesto á la margen las citas que he hallado en las impresiones francesas mas correctas y añadido algunas breues notas, que me parecieron necesarias para la inteligencia mayor del texto. Lo tercero he traducido los lugares que cita de otros auctores latinos y griegos y los demas, de manera que los versos hago versos españoles y la prosa dexo en prosa. Pero la traducción en verso es muy dificultosa, y no es obra possible al frances por no ser su lengua tan capaz como la nuestra.»

Siguen á la traducción las licencias para imprimirse, 2 fol.: el aprobante es el L. Pedro Blasco, en Madrid, á 9 de septiembre 1637, y el vicario que da la licencia por lo eclesiástico el L. Lorenzo Iturrizarra, en Madrid, 10 de septiembre 1637 y no 1.º como se lee en el Catálogo de Gallardo, sin duda por errata de impresión que fácilmente se explica por la disposición de las dos cifras que componen el número 10.

## 4.º

## Pergamino.

Es sin duda el ms. núm. 1838 del t. II de dicho Catálogo.

*Discurso del traductor cerca de la persona del señor de Montaña, y los libros de sus Experiencias, y varios Discursos.*

Del espíritu de la traducción puede juzgarse por las siguientes palabras del

ladar á ella, en el caso presente, todas las imágenes de que el libro de Montaigne está sembrado,

traductor, el cual refiriéndose al autor, dice que «si bien muestra ser catholico Romano en su persona, la doctrina, que propone en estos libros no es todavia conforme en algunas cosas á la de la sancta Iglesia Romana, y tiene necesidad de leerse con mucha cautela, y en algunas proposiciones necessita de correction y emienda. Que este Auctor sea en su persona, y su intention catholico, Apostolico y Romano, se prueba de la protestation de la Fe y obediencia á la Iglesia Catholica y Romana, que hizo y escribió en el libro I destes Propositos, cap. 36, § 1..... Dixo bien Baudio, que ay algunos lugares en estos libros, que merecen ser borrados, si bien no seran los mismos estos, que notó Baudio, y los que yo he notado, porque Baudio professa en Holanda la Heregia, y yo en España (donde nací), la Religion Catholica Romana..... Propondré aqui algunas de las proposiciones, que tengo notadas en este libro I, que publico traducido, las quales con las demas van corregidas en la traducción y emendadas de manera que no puede offender la doctrina, ni queda offendido el sentido, ni la intention del Auctor, y sin borrar quasi nada, como verá el curioso, que lo quisiere examinar, confiando el original Frances con la Traducción Española.»

«La primera destas proposiciones sea, la que pone en el cap. 11, cerca del fin, por estas palabras: *El genio de Socrates..... alguna cosa de inspiration divina.....*»

«La segunda, en el cap. 19, § 5, al medio, dire; *Lo otro porque á todo mal passar..... y cortar cabo á todos otros inconuenientes.....*»

«La tercera, en el cap. mismo, § 22, hablando de vna alma señora de sus passiones, dire; *Esta hase hecho señora..... la verdadera y soberana libertad.....*»

«La quarta, en el cap. 22, § 11, dire; *Los milagros..... de la misma naturaleza.....*»

«En el mismo cap., § 16, y es la quinta proposition, dire; *Las leyes de la conscientia, que dezimes nazen de la naturaleza, nazen de la costumbre.....*»

«La sexta, en el cap. 25, § 14, dize que el maestro haga al discipulo, que lo passe todo por el cedazo de la razon, y que no assiente cosa en su cabeza por sola auctoridad y en credito.....»

«La septima, en el cap. 27, § 15, refiere el Auctor, que preguntando á Cayc Blossio, si mandandole su amigo Tiberio Graccho poner fuego á los templos, le obedeceria? Respondio, que si. Y aprueba esta esta respuesta, y la defiende: no obstante, que parece sacrilega.....»

«La octava, en el mismo cap., § 19, tratando que entre los amigos todos los bienes deben ser en efecto comunes, pone entre estos bienes las mugeres, y los hijos.....»

«La nona, en el mismo cap., § 22, dire; *La vnica y principal amistad..... sin ser perjuro, al que no es otro, que es yo.....*»

«La dezima, en el cap. 30, § 20, aprueba la Polygamia en los Cannibales.....»

«La vndezima, en el cap. 33, § 1, dire; *No es un singular argumento..... no está en nuestra mano?.....*»

«La duodezima, en el mismo lugar, luego despues de lo dicho añade; *De que es gran prueba..... y durara eternamente sin resolution y sin acuerdo.....*»

«Parece que bastará esto para desengaño de la dama citada.....» Refiérese á la hija de Montaigne que en su *Prefacion Apologética* no reparó en todos esos lugares de mala doctrina que el traductor acaba de citar «para assegurar, y acautelar al lector en materia de la Religion del Auctor y doctrina de sus libros». El traductor combate y condena cada una de esas proposiciones por su relación con algunas muy peligrosas y dañosas, que muchos, como los luteranos, calvinistas y anabaptistas de Alemania y Francia y los alumbrados de España y otras



es cosa casi imposible. Para conseguirlo sería necesario sentir y pensar con la misma intensidad

partes profesaban en cuanto á los impulsos del propio espíritu, por no conformarse algunas con la ley natural divina y la razón natural; y ser contrarias otras á las leyes del matrimonio ó inducir á la deseperación, amen de negar el libre arbitrio y autorizar el libre examen y legitimar el perjurio, etc.

Y después de engolfarse el traductor en una larga disquisición y crítica de las opiniones de dicha dama acerca de la suficiencia y ciencia de su padre y del concepto de la filosofía ó teología moral, escribe estas palabras: «No pienso que merecen tanta reprehension, los que desprecian estas scientias y tratan solo de la practica, que les enseña á saber viuir consigo, y con Dios y con sus proximos. Y este pienso que fue el pensamiento desta Dama y de su Padre, que no es tan malo, como tiene la *apparentia*; porque no condena las scientias, sino el modo de enseñarlas y aprenderlas, y lo que ella llama *Philosophia*, o *Theologia Moral* en su Padre, no es sino la *Prudentia* para saber viuir entre los hombres.....»

Luego se explaya en establecer la diferencia que existe entre la sabiduría ó teología natural y la filosofía ó teología moral para venir á parar en que el padre desta Dama parece que aprendió de las experiencias propias de su vida y de las ajenas por medio de la *licion*, las proposiciones que le notamos arriba..... y otras muchas, que *vera leyendole* el que notare nuestras correcciones, las cuales contienen mucha *malitia* y astucia viciosa. Y quanto mas por menudo escribio sus experiencias, notando hasta las circunstancias de las acciones y partes deshonestas, tanto mas faltó en la simplicidad y honestidad Christiana..... Quanto á lo demas que *sobre* este punto (§ hasta el 21 de la Prefation) escribe esta Dama, conformandose con esta doctrina, lo arabo, en el grado que debo, y ella merece, por su gran discrecion y sabiduria.» Y añade: «No solo esto paró en las experiencias, que propone, y materias y assumptos que trata, no observa orden, ni methodo alguno de doctrina; antes de proposito huye, y se diuierde, saltando de repente de unas cossas á otras, quasi en cada capitulo, y haze galanteria y se precia desta libertad y licentia, que estiende tambien á las palabras, phrasses y modos de hablar.»

«Todo lo dicho bien considerado, junto con la dificultad del lenguaje Francés, que vsa, antiguo, y desusado en gran parte, haze la traduccion dificultosísima.»

Y termina, hablando de la protestación de la fe católica romana del autor, con estas generosas frases: «En esta misma Protestation se fundan las excusas particulares, que tienen las proposiciones de menos buena doctrina, que se hallan en estos libros. Porque la primera y mayor es la buena y catholica intencion del Auctor, que protesta ser catholico Romano. La segunda, que por ser catholico, no propone nada, que sea contra la Fe, dogmatizando, ni assentandolo por verdadero, sino solo como por modo de disputa. Estas dos excusas declara el mismo expressamente en su Protestation. La tercera es, que habla este Auctor en estas proposiciones segun el juicio y sentido de la razon, o passion humana no mas. Y assi no pudo dexar de apartarse o oponerse en algo al juicio de la doctrina de la Fe, y de la sancta Iglesia..... Coligese de aqui, que no puede excusar la censura de temerario por lo menos, el que pudiendo y debiendo hablar segun el sentido y juicio verdadero de la Fe y de la Iglesia, excluyendo este, habla segun el de la razon, o passion humana..... El mismo Auctor confiesa en esto su temeridad en su Protestation, como della consta; y assi es digno de perdon, y de que estos libros corregidos se comuniquen á todos. Porque los catholicos no hallaran cossa que offenda su fe y piedad, antes algunas de edificacion y buen exemplo: los Doctos varia erudition; los Políticos y Estadistas gran razon de Estado; los Caualleros y Cortesanos en-

que el autor que se interpreta, cosa de que ningún traductor podrá jamás vanagloriarse<sup>1</sup>.

Por lo que toca á la fidelidad, aqui se encontrará puntualmente transcrito en castellano el texto integro de la edición más completa de los *Ensayos*, que es la publicada por J.-V. Leclerc en 1826, de que se habla en la advertencia que se leerá más adelante. La moda de las versiones elegantes, pero liberticidas, en que el traductor aderezaba á su albedrío al autor que caía en sus manos, pasó hace tiempo felizmente. Tanto como

soñanzas de Caualleria y Corte; y todos los hijos deste siglo desengaños para saber viuir consigo y con los otros; los ignerantes y escrupulosos finalmente, si no hallaren que depender, espero no hallaran en que tropezar, ni de que se offender..... Colegimos de aqui vn illustre y breue elogio del señor de Montaña; varon noble y catholico, ciudadano Romano, caullero de la orden de Sanctispiritus de Francia y Frances de nation, sabio y Prudente con insigne erudition, y menuda y larga experientia de Estado y Corte. Y la licion de sus libros puede con excelentia excusar á qualquiera de Plutarco, y Seneca, y Plotino, y otros de los antiguos grandes Philosophos. Como han reconocido los grandes ingenios, que los han visto en Frances; y lo reconoceran y experimentaran agora mejor, los que los leyeren corregidos y adornados de nuevas flores de Poësia Española, para que no tenga España en esta materia, que inuidiar en Francia. A Dios, en Madrid á 28 de Agosto de 1637. — El Ldo. Diego de Cisneros (Rúbrica).»

Como se ve por esta reseña, el buen licenciado Cisneros estimó al señor de Montaña (así le llamaba también Quevedo) en todo quanto valia su obra. La manera, casi siempre escrupulosa y concienzuda, que tuvo de trasladarla en castellano es tanto más digna de elogio quanto que por aquel tiempo, y también después, los traductores seguian ya el ejemplo que dió luego La Motte, el de las paradojas, al cual, según la ingeniosa expresion de Voltaire, se le ocurrió mejorar el espíritu y las bellezas de Homero, beneficiándole con el suyo y con sus propias inspiraciones.

El manuscrito de Cisneros está lleno de correcciones y enmiendas de su propia letra. Y los deseos plausibles de este digno eclesiástico en lo tocante á que Montaigne se leyera «corregido y adornado con nuevas flores de poesia española para que no tuviera España en esta materia que envidiar á Francia», no fueron realizados, puesto que su trabajo no llegó á imprimirse. Es de suponer que tampoco concluyera de traducir los libros II y III.

1. Debo consignar aqui los nombres de dos escritores distinguidos, MM. León Rouanet y Eduardo Díaz, á quienes soy deudor de muchas aclaraciones del texto, en tantos lugares obscuro y de interpretación dudosa, arriesgada y propensa á interpretaciones varias. M. Rouanet es conocido y estimado en España por sus traducciones y estudios del teatro antiguo español y la poesia popular. M. Díaz, nacido en la tierra misma de Montaigne, ha viajado durante tres años por nuestro pais y escrito un interesante libro con el título de *l'Espagne picaresque*. De M. Pablo Bonnefon, quizás el hombre mejor informado de su pais en todo cuanto con Montaigne y los *Ensayos* se relaciona, no me fué posible utilizar al concurso, á pesar de habérmelo ofrecido muy generoso.